

JORGE DE LA LUZ

Saint-John Perse. El mar y el hombre

Celebración es la primera palabra que se me viene al caso tratándose de un enorme poeta como Saint-John Perse. Celebración de todo: de la humanidad, del mundo y el universo.

Pero bien decía Quevedo: “Dios te libre lector de prólogos largos”. Y Gracián aun más: “nada me gusta tanto como los libros breves”, yo agregaría, precisos y preciosos como lo es éste que nos ocupa.

Marie René Auguste Alexis Léger Léger nació el 31 de mayo de 1887 en la isla de Guadalupe, Antillas francesas, de padre y madre caribeños pero de origen galo. Estudió Derecho, Medicina y Diplomacia en Francia. Publicó en la *Nouvelle Revue Française* su primer poema y en 1911, a instancias de André Gide, su primer libro, *Elogios*, impregnado de la atmósfera antillana. Sobre esto, Raúl Cáceres establece que José Emilio Pacheco afirmaba que Saint Léger era “Criollo en el sentido novohispano, abrió los ojos en una tierra de encuentro de civilizaciones: europea, americana, africana, asiática”. Y Jorge Zalamea, traductor y biógrafo del poeta, recrea una hermosa leyenda:

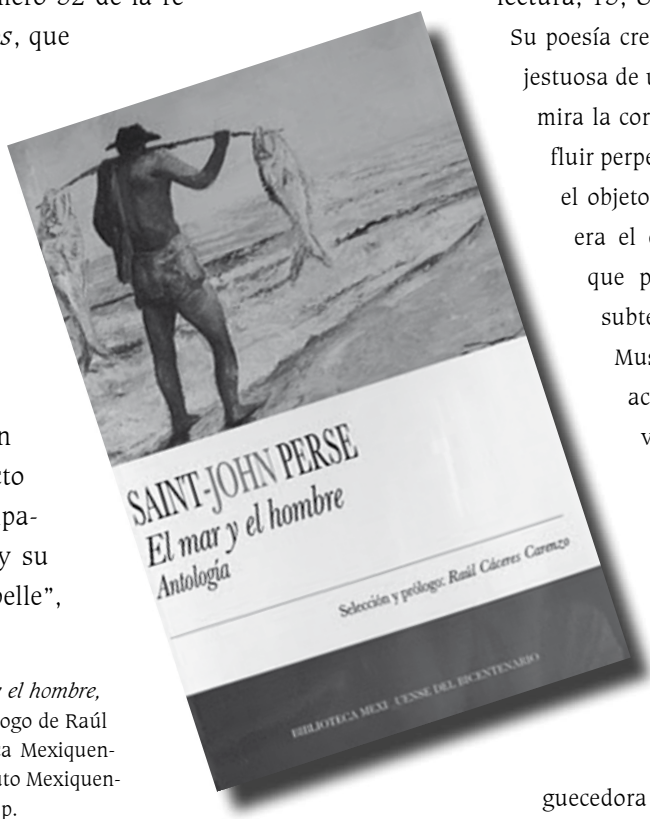
Este hijo de viejos colonos franceses se crió en un barco, conoció los ciclones antillanos y fue consagrado dios-infante por su nodriza, una hindú sacerdotisa de Shiva, que pretendía que su pueril deidad curase, por la mera implantación de sus manos, a los orientales de toda condición y país que pululaban en las islas del Caribe.

Esa leyenda —acota Cáceres Careño— nadie ha osado desmentirla. Aquella nodriza y aquel paisaje señalan el rumbo y la naturaleza de la poesía de Saint-John Perse. Siempre su infancia fue del todo decisiva.

Entre tanto y como se sabe, ingresó al servicio diplomático francés y durante cinco años vivió el aislamiento de la inmensa China. A su regreso a París dirigió el gabinete diplomático de Aristides Briand y sobre todo publicó su extenso poema *Anábasis* (1924), donde usó por primera vez y para siempre el pseudónimo de Saint-John Perse, traducido al inglés dos veces por T. S. Eliot y al italiano por Giuseppe Ungaretti. Este extraordinario poema, *Anábasis*, se encuentra hermanado simbólicamente con “Cementerio marino” de Paul Valéry y la “Oda marítima” de Fernando Pessoa. Recientemente, *Anábasis*, fue traducido al español por José Luis Rivas, en ediciones Era.

Perse llegó a México por Octavio G. Barreda, quien tradujo y presentó *Anábasis* en 1931 para el número 32 de la revista *Contemporáneos*, que entonces dirigía Bernardo Ortiz de Montellano. Desde ahí clarificó Barreda que se trataba de un autor más que de un poema en prosa o prosa poética, de un poeta en el sentido más estricto y elevado, y lo comparó con James Joyce y su “Anna Livia Plurabelle”,

Saint-John Perse. El mar y el hombre, Antología, selección y prólogo de Raúl Cáceres Careño, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, Instituto Mexiquense de Cultura, 2010, 166 pp.



semilla y talismán de su ingenioso e innovador *Ulises* (1924). Buscando sobre este concepto, encontré en Octavio Paz y sus *Trampas de la fe* sobre Sor Juana, que *Anábasis* es una entidad que durante sus sueños viaja a emprender significativas tareas para los dioses y habitantes de otros mundos. Y también lo sé de cierto por otros artistas que conozco.

La espléndida poesía pérsica es grata en tersuras y grandezas, transmite siempre auténticas finezas con lisura. Selvas, desiertos y montañas; mares y abismos. Cimas y simas. Sobre ello eleva —como Ezra Pound, *Cantos*—. *Canto por un equinoccio* —que tradujo Elsa Cross para Textos de Humanidades en coedición con UNAM, INBA, UAM, 1987—. *Canto* y *Cantos*, sencillos y altísimos a la vez: difíciles o crípticos para algunos, clarísimos y naturales para sensibilidades como la de todos aquéllos que lo han traducido. El también poeta José Emilio Pacheco refirió en su *Antología mínima de Saint-John Perse* (Material de lectura, 13, UNAM, s/f):

Su poesía crece con la naturalidad majestuosa de un gran árbol del trópico y mira la corriente de la historia en su fluir perpetuo (...) Perse escribió que el objeto más hermoso del mundo era el cráneo de cristal de roca que preside como una deidad subterránea la sala azteca del Museo Británico (Londres); acaso cuando nuestra civilización sea polvo y ceniza como lo es ahora el mundo de Moctezuma, la poesía de Saint-John Perse será ese cráneo de cristal de roca pulido por las tempestades y los siglos, invulnerable en su encedecedora fijeza.

Y gran belleza, hay que decir, pues el maestro Pacheco también celebró las traducciones de Jorge Zalamea, nuevamente recogidas y difundidas por Cáceres Carezo. Es el propio Zalamea quien hace este “Elogio al poeta”:

Es difícil, si no imposible, descubrir las fuentes próximas o remotas de la poesía pérsica. No hay un estilo, ni siquiera un tono en la poesía europea posterior a la Edad Media, que pueda emparentarse al suyo. Es preciso llegar a los grandes textos antiguos: Píndaro, el *Libro de los muertos* de los egipcios, ciertas crónicas de corte babilónicas. El *Antiguo Testamento*, Tácito y acaso, más reciente la historia secreta del pueblo mongol, determinados anales chinos y algunas poesías africanas, para encontrar el mismo tono, el mismo ritmo externo e interno del versículo, determinadas y antiquísimas formas gramaticales, la copiosa enumeración censal y catastral y la floración inesperada de la metáfora

irreemplazable. No se crea, por esto, que la poesía de Saint-John Perse es arcaizante. Por el contrario: brota como un agua viva, transparente y tumultuosa pero que acarrea todos los sabores, olores y colores de los profundos senos de los cuales fluye y de las diversas comarcas que su corriente recorre.

Saint-John Perse tiene la plena capacidad para instalarnos en un verdadero tránsito poético, donde imágenes y palabras son una y la misma cosa. Abanico espléndido de sensaciones que se extienden, como acertadamente indica el título de esta antología, entre las olas y la raíz de *Saint-John Perse. El mar y el hombre*. Espíritu gigantesco el suyo que dejó marcas en almas gemelas como André Gide, T. S. Eliot, Giuseppe Ungaretti, José Lezama Lima, Rosario Castellanos y Jorge Zalamea, entre otros aquí incluidos, que le trataron amorosamente: más allá del afecto y de la devoción que provoca la existencia poética. Vida y obra ejemplares, textos magníficos los suyos que vuelven a estar entre nosotros.LC